

*Living Time* [Tiempo viviente], fue publicado en 1952, y Nicoll murió al año siguiente, de modo que compuso el libro, más o menos, hacia el término de su vida. Lo mismo ocurrió con H. G. Wells, cuando escribió *Mind at the End of its Tether*, pequeño volumen de concentrada desesperación. Como sé por sus charlas, Wells rechazó la clase de pensamiento que hallamos en Nicoll, sin haberlo considerado nunca de cerca; pero su último libro es un sombrío callejón sin salida, mientras que en *Living Time*, de Nicoll, hay liberación, hay luz, hay esperanza para nosotros (si queremos desembarazarnos de nuestras ilusiones y luchar con nuestra vanidad y locura).

Lo que se revela en él mediante la particular aproximación psicológica y filosófica de su autor, es compensador. Su exposición de nuestra esclavitud a la idea del tiempo que pasa es de gran valor. Pero, aunque insiste en la repetición, saludando a Ouspensky con una leve sugerencia de duda, efectúa pocos o ningún esfuerzo (quizá porque fue un hombre sensato, que no había olvidado su primera educación) para acercarse a examinar el Tiempo pluridimensional en el cual ciertamente creía.

Al igual que Nicoll, Mr. J. G. Bennett fue uno de los primeros estudiosos del sistema de Gurdjieff, la Obra, y posteriormente, lo mismo que Nicoll, lo enseñó a sus propios grupos. Pero, mientras Nicoll tuvo una instrucción médica y psicológica, el señor Bennett es un matemático y ha sido director de la investigación industrial. Con dos colaboradores mate-



máticos ha compuesto un ensayo para la «Royal Society» sobre *Unified Field Theory in a curvature-free five-dimensional manifold*, [Teoría del campo unificado en un espacio de cinco dimensiones libre de curvatura], que yo poseo, pero que solamente puedo contemplar como si fuese esquimal. (En realidad, probablemente hay ahora esquimales que pueden empezar a comprenderlo mejor que yo.) No mucho después de la guerra, publicó dos libros para el lector corriente—*The Crisis in Human Affairs* [Crisis en los asuntos humanos] y *What Are We Living For?* [¿Para qué vivimos?], que son vigorosas y francas denuncias de diversas actitudes mentales contemporáneas, examinadas a la luz de la Obra.

Y, mientras escribo esto, ha publicado los primeros dos volúmenes de una obra inmensamente ambiciosa, *The Dramatic Universe* [El dramático universo], la cual se propone no menos que poner «todo el conocimiento científico al alcance de una teoría comprehensiva de la existencia». Estos libros, erizados de términos no corrientes y que exigen en algunos lugares un conocimiento de las matemáticas, son de lectura compacta y difícil, lectura que yo emprendí en busca de sus conclusiones respecto al Tiempo. Pero el señor Bennett ha aportado a *Systematics* [Sistemática], un trabajo respecto al Tiempo, del cual me ha permitido amablemente extraer lo siguiente. Al responder a la pregunta «¿Qué es el Tiempo?» empieza así:

[No hay una respuesta simple.] Nuestra experiencia de la temporalidad es compleja y varía de una situación a otra. Las variaciones son tan importantes, que no

A la izquierda, P. D. Ouspensky (1878-1947), a la edad de sesenta años. Abajo, dibujo hecho en 1923 para el programa del Instituto, que fundó Gurdjieff en Fontainebleau, en 1922.



deberíamos hablar del tiempo en singular, sino distinguir diferentes tiempos y diferentes clases de tiempo.

Una observación cuidadosa muestra que la experiencia del tiempo comprende tres características principales, que pueden variar independientemente. Cuando tales características pueden medirse y expresarse por medio de números, se denominan parámetros, y un sistema con parámetros independientes se llama n-dimensional. Por tanto, podemos decir que el tiempo es tridimensional. Como también hay tres dimensiones del espacio, hay en total seis dimensiones en función de las cuales pueden describirse acontecimientos mensurables, es decir, físicos. Mis colaboradores y yo hemos demostrado que una geometría sexadimensional servirá para describir, no solo el movimiento de los cuerpos, sino también otras situaciones físicas, tales como átomos y quanta, así como las propiedades de la materia en general.

Esto suscita la cuestión de si las tres clases de tiempo se aplican a otras situaciones, tales como las de la vida, la consciencia y el libre albedrío humano. Para contestar a esto, debemos ver lo que significan las tres clases de tiempo en función de la experiencia. Las describiré sin pretender demostrar que las descripciones son adecuadas o exhaustivas. He adoptado tres nombres para las diferentes formas de tiempo, según el principio de que la mejor manera de evitar confusiones consiste en llamar a cosas diferentes con nombres diferentes.

TIEMPO.—Experimentamos los acontecimientos como sucesivos. Ello da origen a la impresión de «antes y después». El presente «existe», mientras el pasado y el futuro no «existen», o, al menos, existen de manera distinta al presente. Si no hubiese más tiempo que este, la existencia se iría reduciendo hasta un evasivo «presente» que desaparece tan pronto como lo alcanzamos.

ETERNIDAD.—Tenemos consciencia de la persistencia. Sin persistencia, no habría cambio. Solo habría un presente sin sentido. Además, en cada situación existen en potencia una variedad de actualizaciones. El estado potencial no viene y se va como hace el momento actual. El puro estado potencial es eterno e imperecedero. He llamado a la eternidad el «almacén de potencialidades». Lo cual significa que puede haber muchas líneas de tiempo sucesivo simultáneamente presentes en la eternidad. Nuestra experiencia de los cambios de consciencia nos proporciona una confirmación directa de los tiempos alternativos. Por otra parte, en todos los seres vivos hay una pauta persistente que dirige su desarrollo y regula sus vidas. Es imposible encontrar pies ni cabeza a esta propiedad autorreguladora de la vida, dentro de las limitaciones del tiempo sucesivo.

HYPARXIS.—La aproximación más sencilla a la tercera clase de tiempo consiste en considerar los requerimientos del libre albedrío y, con él, los de la ética y la responsabilidad. El tiempo sucesivo no permite la elección. La eternidad nos ofrece la elección, pero no nos concede margen para realizarla. Se necesita un tercer grado de libertad para pasar de una línea de tiempo a otra. Esto lleva de la mano a la idea de una tercera clase de tiempo conectado de algún modo con el poder de conectar o desconectar lo potencial y lo actual.

Para comprender plenamente la importancia de la tercera clase de tiempo, que yo he llamado hyparxis, debemos observar que el ser mismo tiene gradaciones. Nosotros mismos podemos tener consciencia de estados en que nos hallamos plenamente dominados por influencias causales, y otros estados en que podemos no solo abrigar propósitos, sino deliberar y elegir nuestros actos con intención de realizarlos. Denomino yo a este factor variable la «facultad-de-estar» presente en diferentes seres. Puede descubrirse en todos los niveles de la existencia, desde los átomos hasta el hombre, pasando por las formas más simples de la vida, y es este factor el que nos autoriza a mirar más allá del hombre, hacia la consecución de niveles sobrehumanos. Sin este factor, todo estaría obligado a permanecer plenamente determinado por su propia pauta eterna.

Las tres clases de tiempo son estrictamente cuantitativas—es decir, susceptibles de ser medidas y expresadas en números—solamente en el mundo físico. Cambian de cantidad, a medida que ascendemos la escala de la existencia. En función de nuestras experiencias más íntimas, ni siquiera el tiempo sucesivo es mensurable. Podemos viajar en la eternidad, no con nuestros cuerpos físicos, sino en nuestra consciencia. Podemos movernos en la hyparxis mediante un acto de voluntad. Pero, aunque la voluntad y la consciencia no pueden medirse, son elementos de nuestra experiencia, no menos reales que las sensaciones de la vista y el tacto, mediante los cuales conocemos el mundo físico...

Presumo que el señor Bennett no habría llegado a tan valiosas conclusiones, si no hubiese conocido durante tanto tiempo la Obra, que le ofrecía una base y un punto de partida. Sin embargo, no se limita a darnos a Ouspensky con una terminología diferente. Después de arrancar de ese punto de partida, ha hecho pleno uso, en el camino hacia esas conclusiones, de sus propios conocimientos y pericia. Y yo, por lo menos, le estoy agradecido.

¿Qué dijo el viejo Maestro de la Obra, el propio Gurdjieff, respecto al Tiempo, cuando este no se enmascaraba como el «Implacable Heropass?» Solamente una cosa, que yo sepa. Dijo: «El Tiempo es lo único subjetivo.» No me propongo explorar aquí las profundidades de esa observación. Pero parecemos descubrir que nuestra experiencia, en cualquier nivel, está condicionada de algún modo por algo que tenemos que aportar a esa experiencia, algo que no está en ella, sino en nosotros. Y ese algo siempre empieza a parecerse al Tiempo. Así, pues, quizá Gurdjieff tuviese razón.